

Él iluminado por toda la claridad que el mediodía hacia entrar por la ventana.

Ella medio oculta en la sombra de la puerta.

Él sentado; ella de pié.

Él mostrando en la frente, en el punto en que se buscan las dos cejas, ese pliegue perpendicular que dice: aquí se piensa.

Ella alargando el cuello para acercar los ojos con esa curiosidad que se pregunta á sí misma: ¿qué pensará?

Semejante cuadro, lleno de naturalidad y de misterio, nos inspiraría un vivo interes, y delante del lienzo nos preguntariamos: ¿qué ha sucedido aquí? O lo que es lo mismo: ¿qué va á suceder? Y cada cual, segun su imaginacion y su gusto, formaria el drama ó la comedia de aquel cuadro.

Nosotros, ante la realidad de las cosas, no podemos abandonarnos á los caprichos de la imaginacion, y tenemos que seguir hilo á hilo la trama de esta verdadera historia.

Aquella mujer, suspensa dentro del marco de la puerta, era sencillamente la señora Gertrúdis.

Su cabeza, ligeramente inclinada por la actitud observadora en que acabamos de verla, ofrecia un mundo copiosamente poblado de cabellos negros, tumultuosos y crespos, que brillaban como el azabache, heridos por la luz, y que partiendo de la frente en indómitas ondas, iba á reunirse y á esconderse bajo una toca blanca que envolvía el moño como una funda.

No faltaba gracia á tan sencillo tocado, y cuando ménos, la blancura de la toca realzaba lo negro de los cabellos, y éstos á su vez hacian más blancos los pliegues de la toca.

En las nobles montañas de Vizcaya he visto yo algunas veces este gracioso prendido, rodeando la cabeza de las jóvenes como una corona de pureza, como una muestra de sus sencillos pensamientos, y me ha parecido encantador sobre aquellas frentes que ilumina el sol de las montañas y besa el viento de los valles.

La frente de la señora Gertrúdis se adelantaba demasiado sobre los arcos de las cejas, formando desde la raíz del pelo hasta el

nacimiento de la nariz, en vez de la línea recta que la correccion de la belleza exige, una línea curva que le daba el aspecto de una frente hinchada, de una frente que quería salirse de la cabeza.

Las cejas se extendían á derecha é izquierda en dos grandes arcos, espesas, ásperas y juntas como dos matorrales, debajo de los que brillaban, como si quisieran templar la dureza de la frente y de las cejas, dos ojos negros, llenos de viveza, de bondad y hasta de alegría.

Mas, preciso es decirlo, el buen efecto de su dulce mirada se destruía por la impertinencia de los pómulos de las mejillas, que se elevaban, rehaciendo en la fisonomía la dureza de la frente y de las cejas, mitigada por la doble bondad de los ojos.

La nariz empezaba bien, pero acababa mal; partía en línea casi recta; mas ántes de llegar al término de su carrera, se detenía como quien pierde el camino, y se levantaba trazando una curva inesperada, de manera que la señora Gertrúdis, vista de perfil desde el principio de la frente hasta la punta de la

nariz, presentaba poco más ó ménos el contorno de una *S* vuelta del reverso.

Antes de llegar á la boca, era forzoso detenerse á reflexionar si aquélla era la cara de un hombre ó la cara de una mujer; porque el labio superior aparecía súbitamente oscurecido por la sombra de un bozo que venía á ser como la esperanza de un soberbio bigote, debajo del que se abría la boca en dos labios gruesos de color sano, más dispuestos para la risa que para los sollozos.

La barba descendía en un movimiento regular, y habría sido una buena barba si por una equivocacion geométrica de la naturaleza no fuera cuadrada en vez de ser redonda.

El resto de la persona era un macizo de huesos, músculos y sangre, donde la robustez atrincherada podía desafiar á todas las enfermedades, casi segura de vencerlas.

Parecía que la naturaleza había pensado hacer de la señora Gertrúdis un hombre, pero que cambiando de pensamiento á última hora, la había hecho mujer.

En medio del conjunto de tan duras fac-

ciones, brillaba en todo su semblante una suavidad que inspiraba confianza, y una dulzura que atraía.

Su fealdad resultaba mitigada por un *no sé qué* particular, por un reflejo extraño que hacía olvidar pronto la desaliñada construcción de aquel semblante.

Era morena, bastante morena, como si sus facciones hubieran querido esconderse en la oscuridad.

No era alta, porque sin duda había dicho: de lo malo, poco.

Tres impresiones sucesivas causaba su presencia, porque al verla por primera vez se exclamaba:

Primero: ¡qué fea!

Después: ¡qué alegre!

Luégo: ¡qué buena!

Tendría, meses más meses ménos, unos cuarenta y cinco años.

¿Quién era la señora Gertrúdis?

Era un ser solitario que ejercía en aquella casa las delicadas funciones de portera; aquel cuarto 4.º era su habitación, y hacía dos años que Miguel era su huésped.

Si no parece bastante poético el caso, puede transformarse.

Digamos que era la mano delicada que extendía por la habitación con tierna solicitud el lujo de la limpieza.

La mano cariñosa que cuidaba de aquellos muebles colocándolos con la coquetería de una mujer que quiere agradar sin ser vista.

Digamos que era la hada misteriosa que mullía el único colchón de aquella cama limpia; la tierna amiga que había puesto sobre la cabecera el pequeño Crucifijo de madera y de plomo.

Digamos, en fin, que era *ella..... ella*; esto es, la dama misteriosa de aquel palacio encantado; la que llenaba el aire con los perfumes del aseo, y la vida de Miguel con el bienestar de la miseria.

Ella, la que medio oculta en la sombra de la puerta, parece dispuesta á sorprender los pensamientos del objeto de su cariño, á espiar sus solitarias meditaciones, á recoger sus melancólicos suspiros, á sondear en su tristeza los deseos de su corazón y las inquietudes de su alma.

labios se movían como si hablaran sin voz, dejaba ver una expresión risueña y satisfecha.

Soñaba, pues, cosas agradables.

Esto lo observó la señora Gertrúdis en el momento en que decididamente iba á despertarlo; pero se detuvo temerosa de interrumpir ó disipar la felicidad de aquel sueño.

No obstante, dió otro paso más y se acercó á la mesa y colocó en ella con el mayor tiento los platos, el vaso, el pan, la servilleta, la botella y el cubierto, y cruzando los brazos se quedó contemplando á su huésped con aire tan bondadoso y tan burlon, que Miguel viéndolo no habría sabido qué hacer, si adorarla ó aborrecerla.

Así era la señora Gertrúdis.

CAPÍTULO IV.

Siete heridas, siete cruces y siete hijos.

Era demasiado violenta la posición en que Miguel dormía para que su sueño pudiera ser muy duradero. Con el codo apoyado en una mesa y la cabeza descansando en la mano se duerme, pero se duerme poco. ¿Por qué? porque el brazo se duerme á su vez y se niega á sostener el peso de la cabeza dormida. Pero si dormía mal, soñaba bien, porque á pesar del velo con que el sueño cubre la fisonomía del que duerme, el semblante de Miguel resplandecía como iluminado por la luz interior de una satisfacción completa.

Debia soñar cosas muy agradables, muy risueñas, muy brillantes; debia estar bajo la influencia de una felicidad repentina, acaso